

CURAVACAS

Ascensión por su canal sur central

Por Carlos Ara

Son más de las doce de la noche. Vidrieros, pequeño pueblo palentino enclavado en las faldas de los Picos de Europa, está oscuro, silencioso, como deshabitado.

El río deja oír a lo lejos su pequeño rumor de vida y hacia él nos encaminamos, no sin antes hechar una ojeada al mapa. La senda, muy ancha, toma rápidamente altura por la margen derecha del agua y nos conduce hasta los prados conocidos como el Resollar. Hace una buena noche de, esas que no invitan a dormir, pero mañana debemos madrugar para subir al Curavacas, 2.500 metros.

Una ascensión mantenida

Apenas han comenzado a calentar los rayos del sol, nos encontramos subiendo por unas cansadas pedreras. Atrás queda el valle y al frente la montaña por su cara sur; bastante más lejos de lo que parece. No tenemos ninguna referencia de la existencia de posibles vías en esta pared, sin embargo nuestro objetivo está decidido desde el amanecer: trepar la canal que baja casi perpendicularmente desde la cumbre y que está defendida, en su izquierda orográfica, por una mole de roca.

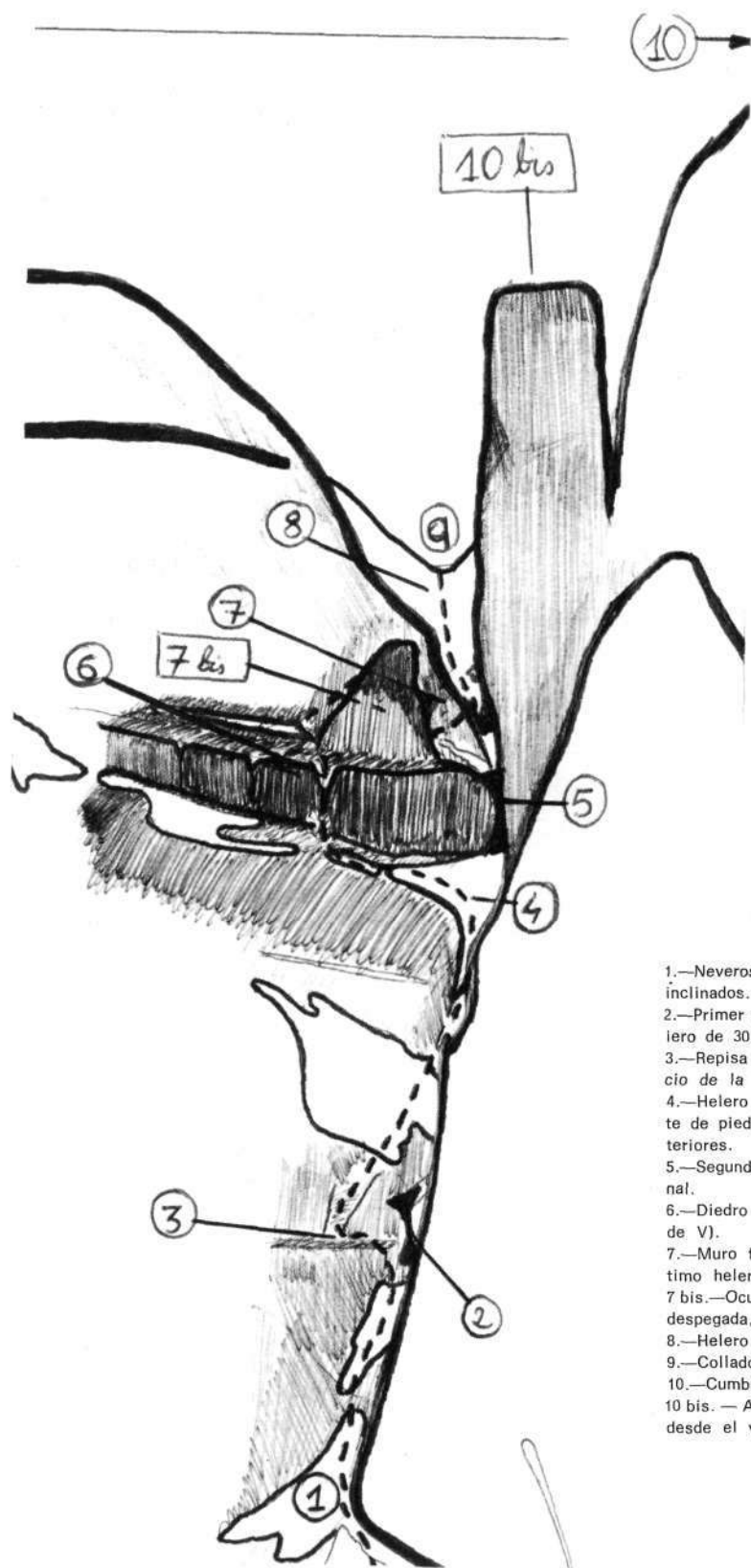
Despacio y con tranquilidad —hace un día

maravilloso—, vamos trepando por las primeras placas de la desembocadura y que en un año con más nieve estarían cubiertas en su totalidad. La roca se deja tratar bien porque la inclinación no es muy considerable, sin embargo es una extraña especie de conglomerado que provoca continuas avalanchas de piedrecillas.

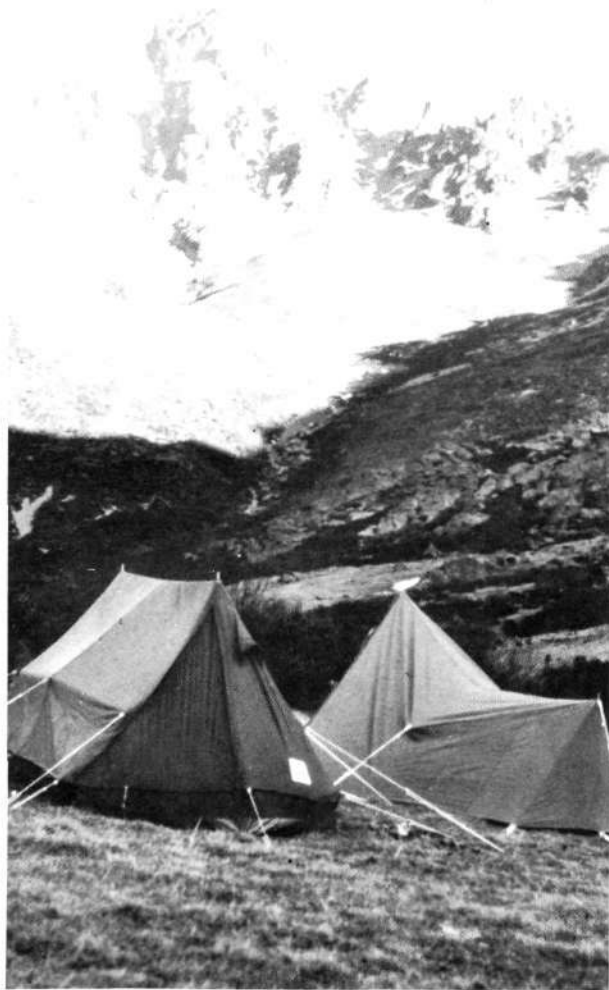
Superados los dos o tres primeros nevados de muy escasa dificultad y sobrepasada una desviación secundaria de la canal a nuestra derecha, nos adentramos, todavía sin encordar, en un nevero de unos 30 metros rematado por una pequeña chimenea de metro y medio. Superada esta dificultad nos apresuramos a sacar las cuerdas y algunos clavos porque son casi las doce del mediodía y nos parece que la cumbre está muy lejos aún; por otro lado no conocemos el descenso que se nos podría complicar, como así ocurrió finalmente.

Es ahora el compañero el que con elegancia hace travesía a la izquierda y se adentra en un pequeño vallecito de roca que nos conduce a un nuevo helero, más inclinado y helado que los anteriores.

La canal se estrangula justamente al pie de una enorme aguja despegada del conjunto de



- 1.—Neveros de entrada a la canal, poco inclinados.
- 2.—Primer estrangulamiento, sobre el helero de 30 metros.
- 3.—Repisa donde nos encordamos e inicio de la travesía.
- 4.—Helero situado bajo el resalte fuerte de piedra; más inclinado que los anteriores.
- 5.—Segundo estrangulamiento de la canal.
- 6.—Diedro vertical y sin agarres (paso de V).
- 7.—Muro final de piedra, antes del último helero. (III).
- 7 bis.—Oculto, tras una pequeña aguja despegada, la colladeta.
- 8.—Helero final, algo inclinado.
- 9.—Collado y salida de la canal.
- 10.—Cumbre del Curavacas.
- 10 bis.—Aguja despegada muy visible desde el valle.



Desde el Resollar el macizo de Curavacas por su Cara Sur (Foto C. Ara).

roca, y que es bien visible desde el valle, formando un salto de varios metros por el que resbala agua y cierta cantidad de hielo. Está claro que no es posible continuar por ahí.

Hacemos nuevamente travesía a la izquierda para salvar el estrechamiento, que tal vez con más abundancia de nieve se encuentre en mejores condiciones, por unas gradas rocosas semicubiertas de nieve que son la antesala de una barrera de conglomerado de cierta altura. Indecisión para escoger el punto más débil de la franja y por fin el cabeza de cuerda penetra en un diedro carente de presas y vertical. Algunos metros más arriba el terreno mejora y se puede hacer reunión. El paso es de alivio.

Los cuatro últimos largos

La moral sube de punto tras la superación de esta dificultad y a pesar de la hora (son las dos de la tarde) nos encontramos alegres y decididos. Un esfuerzo más y alcanzamos una colladeta desde la que se ve el fondo de la canal, que no es sino la parte superior del estrangulamiento. Para ganar tiempo, en vez de descender a él, atravesamos de izquierda a derecha un muro de piedra vertical, pero sin excesivas dificultades. Nos da la sensación de estar trepando por la pared de una casa de pueblo.

Un nuevo estrangulamiento y una nueva salida por la izquierda, esta vez más fácil, para colocarnos justo a la entrada del último nevero que suponemos sale directamente a la cumbre y que, a modo de tapón, es el final seguro de la canal.

La escalada de esta última parte no es difícil en extremo aunque conviene hacerla con tranquilidad por la altura y la poca seguridad. Dos largos más, piolet y maza en la mano, y se alcanza una pequeña cornisa de nieve, punto final de la ascensión y salida al collado que da a la cara norte de este Caravacas. Pero el desencanto es grande, al tiempo que el encanto, porque son las cuatro de la tarde y la cumbre queda aún lejos encima de la masa de roca que ha custodiado nuestra ascensión por la izquierda orográfica de la canal. No hay tiempo para subir pero estamos satisfechos por el panorama que se disfruta.

El descenso, penoso y a oscuras

El espectáculo es digno del esfuerzo. La falta de nieve en la cara sur está sobradamente compensada por la abundancia de la norte. Mis dos compañeros se calzan los crampones porque la superficie está helada y pulida, yo no los tengo y esto me hará sufrir hasta que regresemos a la sur. Entre tanto la vista reposa en la extensión blanca de los Picos de Europa.

Decidimos hacer una travesía de izquierda a derecha, un poco por bajo de la cresta cimera, con el fin de alcanzar un collado que se nos antoja existe, y es paso franco, bastantes metros más allá. Fiado en la maza-piolet y del piolet mismo (las puntas de mis botas apenas hacen una pequeña muesca en el hielo), avanzamos algunos largos hasta subir de nue-

vo a la cresta y llegar al collado. Esperamos que la canal que sube del valle por la sur sea buen camino para descender y no se obstruya. En esta cara la nieve vuelve a ponerse blanda y las botas pueden hacer huella con seguridad.

Son casi las seis de la tarde y tenemos menos de una hora de luz. No obstante aún aprovechamos para hacerle las últimas fotos a la norte y para recoger al impresionante Espigüete delante de una maravillosa puesta de sol.

La nieve ayuda en la oscuridad

La canal de descenso no es peligrosa en exceso, aunque tiene buena inclinación. Llegadas las siete de la tarde la obscuridad es muy grande y sólo queda paliada por el reverbero de la nieve. Descendemos casi a tuestas, unos de frente, otros de espalda, cada cual como puede y con algo de miedo en el cuerpo. En los pasos difíciles aseguramos al compañero, lo demás en «ansamble». No podría precisar a qué hora alcanzamos la estrangulación de la parte baja. Cuando más confiados estábamos en salir de aquel laberinto, un corte de varios metros nos obliga a poner en marcha la imaginación. Casi a tuestas, ya no había claridad por la nieve, escasa a la altura que estábamos, hacemos travesía a la derecha por la roca. No se ve el fondo de aquello y tras innumerables inconvenientes para quitarse los crampones, Jesús descubre una linterna en el fondo de un macuto.

Ayudados por el pequeño haz de luz vemos como el corte queda a la izquierda y que podemos continuar bajando por esta especie de lomo sobre la que estamos. Finalmente alcanzamos una repisa y respiramos aliviados; el valle se abre a nuestros pies.

Regresar a las tiendas fue otro asunto. Estábamos en un valle contiguo al que subimos por la mañana. Ello quería decir que nuestra ruta de descenso había seguido una orientación sur-oeste, lo que explicaba en cierto modo que la abundancia de nieve fuera mayor que en la sur. Afortunadamente no llueve aunque el cielo está cubierto y pronto alcanzamos un collado para regresar al valle primitivo. Son las doce de la noche cuando alcanzamos el Resollar y las tiendas. Tras catorce horas de mar-



Largo sobre el último muro de piedra antes de entrar en el nevero final. (Foto C. Ara).

cha y escalada ininterrumpida podemos sentarnos a gusto, pero en nuestro interior reconocemos que la aventura ha sido excesiva.

Lo importante ahora es poder contarlo para que otros sepan que este Curavacas, pequeño e inocente visto desde abajo, es un grande de los Picos.

- La escalada propiamente dicha supone unos 250 metros y se inicia hacia la mitad de la canal.
- La dificultad es muy mantenida en general y no sobrepasa, salvo un paso de V, el III grado.